

CRUZANDO LINDES
GABRIEL MORENO GONZÁLEZ

@Gabri91MG

El reino de la obscenidad



Fernando Alonso se pasea por las calles de Mónaco con un Mercedes de coleccionista valorado en 15 millones de euros. El youtuber Jake Paul se hace una foto en su jet privado de lujo, rodeado de billetes de 100 dólares y con pistolas de oro, tras haber ganado 160 millones en una pelea televisada en la que se dejó partir, literalmente, la mandíbula. El joven futbolista Lamine Yamal presume también en sus redes sociales de avión privado (esta vez sin armas), en su viaje de descanso a Dubái. Elon Musk sobrepasa la barrera de los 645.000 millones de dólares, una cifra que supera el PIB de varios países. Cerramos 2025 con una verdadera «emergencia de desigualdad», como dice el último informe del G20, coordinado por Stiglitz: el 1% de la población es cada más inmensamente adinerado y ha acaparado el 41% de toda la riqueza que se ha creado en las dos últimas décadas... Todas estas noticias las hemos podido leer o ver durante las navidades, entre turrón y turrón. Pero lo sorprendente no es que existan esas realidades, que se publiquen esas informaciones o, incluso, que sus protagonistas no intenten mínimamente ocultar la obscenidad de su riqueza. Lo realmente sorprendente es que no provoquen una rebelión del resto de los miles de millones de personas que habitamos esta deteriorada casa común.

¿Cuál es el mecanismo psicológico, institucional, ideológico... que impide a esos millones de personas, que nos impide a nosotros mismos, levan-

tar el velo de la indecente concentración de riqueza? Esta pregunta ha rondado las mejores cabezas desde Aristóteles a Weil pasando por Babeuf o Marx y, no crean, sigue teniendo respuestas difíciles. La forma más directa de normalizar y legitimar tal obscenidad es la del mérito, en la idea de que, en efecto, tienen esos miles de millones, tienen esos coches y esos aviones privados, porque se lo merecen. El sistema económico y cultural que a su alrededor se ha creado nos bombardea con el mantra de que se da cierta correspondencia entre el es-

fuerzo, el trabajo y la aplicación inteligente de las capacidades de uno, por un lado, y el éxito, las ganancias y el patrimonio que se consiguen, por otro. Si vamos a la realidad, sin embargo, tendríamos que lle-

gar a la absurda afirmación de que el sacrificio y el trabajo de alguien de ese 1% vale más que el de miles de millones de sus congéneres. O, sin irnos a especulaciones teóricas, de que un adolescente dándole a la pelota no solo ha trabajado más y se ha esforzado más que mi vecino albañil, que trabaja de 8.00 a 20.00 horas, sino de que el presumible esfuerzo titánico del primero, caso de darse, legitimaría una desigualdad en la riqueza completamente abismal e insalvable para el segundo.

Como esta realidad es injustificable, quienes la defienden nos la ocultan desviando el foco, paradójicamente, contra los más pobres y los más frágiles, intentando enfrentar a los penúltimos con los últimos. Y no lo debemos permitir.

¿Qué nos impide levantar el velo de la indecente concentración de riqueza?

CARTAS AL DIRECTOR

Demora en las licencias de obras

Es común denominador en el sector de la construcción pacense la queja de promotores y constructores por el excesivo tiempo empleado en la obtención de la licencia de obra solicitada. Este sector, que cumple un importante papel como generador de empleo y actividad empresarial, en la medida que reactiva sectores como transporte, servicios, comercio, e impulsa otros de carácter industrial y profesional, supone el 8,72% estimado de la actividad económica total, distinguiéndose por su mayor rentabilidad operativa de las medias regionales y nacionales, con un Ebitda del 11,60%, frente al 9,67% de Extremadura y el 10,64% de España. La construcción puede considerarse, sin duda alguna, como sector tractor en la estructura económica local y regional. Sin embargo, los plazos habituales para la obtención de licencia para un proyecto básico de entres 25 y 30 viviendas, que

superan el año en numerosas ocasiones, son del todo inadmisibles y gravemente perjudiciales para la economía provincial. Dada la acreditada formación de nuestros técnicos municipales, estos no deberían emplear más allá de unas dos semanas, salvo casos especiales, derivados de la calidad del proyecto, complejidad urbanística o, una excesiva carga de trabajo en el servicio correspondiente. Y parece que es aquí donde reside el problema, circunstancia ésta difícil de entender, si tenemos en consideración que el importe de la licencia es un 4% del proyecto y esta cuantía cubre por sí sola, y aproximadamente, los emolumentos anuales de tres técnicos. Si esto fuera así, la solución pasaría por una mayor contratación de técnicos, que aseguren que el informe necesario para que la obtención de éstas se obtenga en plazos razonables.

RAFAEL SÁNCHEZ MERA BADAJOZ

¿Éxito o fracaso?

Cuando se persigue un objetivo (mayoría absoluta, para no depender de nadie) y no se consigue, se considera un malogro, un resultado adverso, fiasco, chasco, decepción... En resumen, lo de Guardiola ha sido un fracaso en toda regla, porque ha sido ella quien ha convocado unas elecciones para lograr un objetivo que no ha conseguido, saliéndole el tiro por la culata y habiendo engrandecido a su bestia negra, con quien no quería tener nada que ver y a cuyos miembros ha estado poniendo verde. Los vencedores han sido Vox y Unidas por Extremadura, que son los que han sumado más votos que los que tenían.

Los perdedores, PP y PSOE. Lo de los socialistas, que no era el objetivo, es lo que les ha dado tanta alegría, pero ahora lo que les espera es pasar por un aro más grande que antes y tener aún mayores tragaderas de las que han tenido para poder gobernar. Esta es la auténtica lectura real de lo acontecido en Extremadura, lo quieran camuflar como quieran. A ver qué le dijeron el pasado lunes en Madrid que haga ahora.

J. M. RODRÍGUEZ FIGUEREDO MONTIJO

El engaño como medio

A muchos sanchistas les gusta servirse de lo público y ahora están tan prostituidos como las amigas de Ába-

los aunque los populares no han sido inmunes a ello. Sánchez ha conseguido, me temo, un récord de personajes pintorescos en el circo que ha montado en la Moncloa, el Gobierno y el partido. Por mucho menos, organizaron la moción de censura contra Rajoy. Ni siquiera el CIS a la carta de José Félix Tezanos consigue animar al líder, porque sabe que el sociólogo es un chapucero al que no le importa hacer el ridículo. No se recuerda la cantidad tan enorme de irrupciones de la policía en ministerios, empresas y organismos públicos para recabar documentación. Vergonzoso para este país y para quienes hacen que estén ahí.

JOSÉ ALCARAZ BADAJOZ

Las cartas no deberán superar las diez líneas mecanografiadas (800 caracteres) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, DNI, dirección y número de teléfono del remitente. HOY se reserva el derecho a extractarlas. Dirección de correo electrónico: opinion.hoy@hoy.es

DIARIO DE FRONTERAS
JAVIER CRUCES

Una forma decente de no estar



Cuando era pequeño y sentía ese fuego de querer llamar la atención de los adultos, leía libros porque algunos profesores aseguraron que eso me haría mejor. Nunca pregunté mejor en qué ni para quién, porque los adultos siempre parecían saber cosas importantes. Años después, ya convertido en

profesor, entendí que aquella distancia reverencial entre maestro y alumno era en parte un malentendido.

Podría decir ahora que enseñar o leer me ha hecho darme cuenta de que no sé nada, que cuanto más aprendo más consciente soy de mi ignorancia, y toda esa gimnasia moral que queda tan bien escrita en artículos como este.

Enseñar no me ha vuelto más sabio ni más humilde: solo me ha enseñado hasta dónde llego. Me ha obligado a inventar maneras de no repetirme año tras año. A uno le gusta pensar que busca sentido, pero casi siempre solo está intentando no morir del aburrimiento. Todo lo demás, purpurina y matasuegras.

Más tarde, me planté en la universidad. Y allí, cuando empecé a darme cuenta de que los cuerpos también opinan, comprendí que para gustar a las mujeres hacía falta una labia que yo no tenía. Tampoco belleza, ni altura, ni un cuerpo

que contara nada interesante. En rigor: poco que ofrecer. Así que leí. Leí a Charlotte Brontë y a Jane Austen –o vi sus películas, que para el caso servían– porque me parecían un atajo razonable. No por amor al cine o a la literatura femenina, que por entonces me daba completamente igual, sino porque en mi cabeza el ideal de belleza era una mujer leyendo en una terraza, con gafas de sol y cara de no necesitarme en absoluto. De ahí deduje que las mujeres bellas debían ser cultas. Nunca se me ocurrió aplicar la lógica en sentido contrario, claro.

Años después, cuando por fin tuve algo a mi nombre, descubrí que leer no servía para mucho. Para nada de lo que yo

quería, al menos. No me había servido para ligar ni para ser mejor. Como mucho, para desconfiar de casi todo: primero de los presentadores de televisión, luego de los que escriben en los periódicos (sobre todo cuando yo mismo em-

pecé a escribir en uno) y, finalmente, de lo que se dice después de tres negronis en un bar. Todo mal.

Leer dejó de parecerme una virtud el día que entendí que también sirve para esconderse. Uno se tapa con libros como el niño que se cubre con una sábana de algodón para protegerse de los monstruos. Así van pasando páginas y años. Y eso está bien, joder: seguir creyendo –un ratito más– que los monstruos no ven a través de la tela.

«A uno le gusta pensar que busca sentido, pero casi siempre solo intenta no morir del aburrimiento. Todo lo demás, purpurina y matasuegras»